

MENSAJE DEL DÍA 3 DE DICIEMBRE DE 1988, PRIMER SÁBADO DE MES,  
EN PRADO NUEVO DE EL ESCORIAL (MADRID)

LA VIRGEN:

Hija mía, hoy voy a hacer un llamamiento a todas las víctimas orantes y dolientes; a aquellos pequeños crucifijos que mi Hijo escoge para portavoces de la Humanidad:

Hijos míos, seguid haciendo oración y penitencia por vuestros hermanos, por aquellas almas que han traspasado la bóveda del cielo por sus pecados. Que el Cielo se ha enrojecido de vergüenza por tantos y tantos pecados que han cometido de lujuria, de soberbia, de hipocresía, de apego a lo material... Seguid orando, pequeños portavoces, para que estas pobres almas puedan salvarse; pero, ¡ay de aquéllos que cargan su culpa sobre las espaldas de sus hermanos!, su sufrimiento será terrible, porque muchos de vosotros, hijos míos, queréis quedar exentos de vuestra culpa, sin dolor, sin reparación. Vuestra soberbia os sigue introduciendo en el mal, en el pecado, en la envidia, en la soberbia, en la hipocresía, en la falta de caridad. ¡Ay de vosotros, que no escucháis a mis portavoces!, vuestro dolor será terrible.

¿Queréis, hijos míos, llegar a la cumbre sin dolor? Y si la Víctima inmolada inocente, su Padre cerró los Cielos, para que no se *viere (palabra ininteligible)* nada de su dolor, para que se consumase hasta el sacrificio de la Cruz, ¿cómo vosotros, pecadores empedernidos, sois capaces de alzar la vista al Cielo sin arrepentiros de vuestros pecados? No tentéis a la justicia divina de Dios por vuestros pecados, por vuestra soberbia. Humillaos, hijos míos; está escrito: "El que se humilla será ensalzado".

Mi Hijo derramó su Sangre por muchas partes de la Tierra para dejar santificados muchos lugares. La derramó ante los jueces; la derramó en el Templo; la derramó ante los soldados flagelantes; la derramó ante los hombres de la ciencia, para que aplicasen la ciencia fijándose en lo divino, no en lo humano; porque si se aplicaba la ciencia según el entendimiento humano, no dirían la verdad.

Todas las calles de la ciudad fueron manchadas de sangre para purificarlas, aun pensando que muchos de los hombres cometerían crímenes atroces y pecados gravísimos contra Dios, su Creador. Derramó su Sangre delante de los soldados, para darles ejemplo de humildad, para que su odio fuese convertido en amor; derramó su Sangre en el Templo, para que acatasen sus Leyes los sumos sacerdotes; derramó su Sangre ante los gobernantes, para que gobernasen con justicia y con amor; derramó su Sangre ante los reyes —reyes temporales—, para que enseñasen a los hombres y aplicasen su monarquía según a la Ley de Dios. Pero para que no se envaneciesen, porque un día vendría mi Hijo a quitarles su corona y a hacerse Él Rey de reyes y a castigar a todos aquéllos que no lo aplicasen según las Leyes escritas. Derramó su Sangre por toda la Humanidad, aun

sabiendo que para muchos de los que había derramado su Sangre iba a servir para su condenación este derramamiento de sangre.

Sí, hija mía, como a mi Hijo no le quedó ni gota de Sangre, porque fue el Cordero degollado, víctimas inmoladas sois de reparación para salvar a la Humanidad, hijos míos.

También derramó su Sangre en la Cruz, para que los hombres la aceptasen con amor y con humildad. ¡Y los hombres han hecho mofa de todo este dolor! Y, si para el Hijo de Dios vivo fueron cerrados los Cielos hasta después de su muerte, que se rasgaron, para que entrase el día de su Resurrección, ¿cómo para vosotros, ingratos, pensáis que sin dolor podéis alcanzar el Cielo?

Yo fui víctima, al mismo tiempo que mi Hijo, porque era Corredentora con Él del género humano.

Arrepentíos, haced penitencia, haced oración.

Pronto llegará el Hijo del hombre y pedirá cuenta a cada uno según sus obras. Y llegará con un gran poder y una gran majestad. Y muchos de vosotros quedaréis atónitos ante su presencia, y ni aun en ese momento os avergonzaréis de vuestra culpa, hijos míos. No provoquéis más a la Justicia divina con vuestro pecado. Os apegáis a las cosas materiales y olvidáis las divinas, hijos míos.

Besa el suelo, hija mía, en reparación de tantos y tantos pecados como se cometen en el mundo... Y sigue siendo ese pequeño crucifijo, derramando tu sangre para la salvación de las almas, hija mía. ¡Ama con todo tu corazón! Y que nadie te aflija, hija mía, y nada te turbe.

Seguid acudiendo a este lugar pisado por mi planta virginal.

Sólo la ingratitud de los hombres es capaz de ofender a Dios gravemente. Si a cualquiera de los animales Dios le hubiese puesto una razón, estaría alabando a Dios desde la mañana a la noche, ¡y vosotros creaturas, que lo habéis recibido todo, hasta la Sangre del Cordero degollado, no dejáis de ofender gravemente a Dios! ¡Hasta dónde llega vuestra soberbia, hijos míos, hasta dónde vuestra hipocresía!

Pero mi Hijo, aun sabiendo que derramando su Sangre muchos se iban a condenar, la derramó por aquéllos, por aquellas almas santas y justas que hoy se encuentran en el Cielo testigos de su muerte. Mira qué gran número, hija mía, fue testigo de la muerte del Redentor. Pero mira, hija mía, los que quedaron y se condenaron en el abismo por su falta de humildad, por su falta de amor. Se dejan tentar, como Eva, por el enemigo, en vez de pedir a Dios consejo antes de hablar y entablar la conversación con Satanás. Su malicia ya fue dando los pasos hacia el enemigo y entabló su conversación, porque su soberbia no le hizo... *(en voz muy baja dice unas palabras en idioma desconocido)* ver con verdad que sólo Dios podía reinar, sino su soberbia les hizo ver que serían dioses como Dios, y se fue a entablar conversación con el enemigo. Entonces se vio su lujuria, su soberbia; pero ni aun pidió a Dios perdón en ese momento ni llamó para preguntar quién era y de dónde venía aquella voz,

sino que ella se regocijaba; y no contenta con regocijarse ella llamó a Adán y le provocó para que cayese. Y en vez de humillarse, cuando oyó la voz de Dios, Adán se excusaba diciendo que había sido Eva, y Eva se excusaba diciendo que había sido el enemigo. No vio su soberbia.

Eso os pasa a vosotros, hijos míos, que, en vez de rechazar al enemigo, conversáis con él y os dejáis arrastrar por él. Mi Hijo fue tentado, pero en su tentación no quiso conversación con el enemigo y alzó su vista al Cielo orando, orando y comunicándose con el Padre para no caer en tentación. Pero vosotros, hijos míos, en vez de orar cuando os viene una tentación, caéis y os regocijáis en ella. ¡Pobres de vosotros! Repito que queréis quedar exentos de vuestras culpas y cargáis vuestros pecados en la espalda de vuestros hermanos, para que ellos los reparen. Huís de la cruz y del dolor. La cruz es salvación, hijos míos. Ni yo huí del dolor, ni Cristo tampoco, hijos míos. Que vuestros pecados queden limpios como la nieve por vuestro sacrificio y vuestra penitencia. Pero no os ensoberbecéis engriéndoos. Pensad en Pedro, que cuando pecó no levantó la vista del suelo; sólo la levantaba para pedir al Padre perdón de sus pecados. Su vista quedó pegada al suelo y sus mejillas quedaron hundidas por el dolor y las lágrimas. ¿Cómo sois capaces, hijos míos, después de enrojecer los cielos y avergonzar a los ángeles, levantar vuestras cabezas sin dolor ni arrepentimiento? Humillaos, hijos míos, y pedid perdón a Dios de vuestras culpas.

Y tú, pequeño crucifijo, sigue inmolándote por la salvación de las almas. Las víctimas tienen que ser orantes e inmoladas. Ama con todo tu corazón a los seres humanos y retírate de aquello que te daña, hija mía; yo te protegeré, mi Inmaculado Corazón velará por ti. El hombre piensa sólo en los cariños terrenos y se ocupa poco de los divinos.

Vuelve a besar el suelo, hija mía, en reparación de tantos y tantos pecados como ofenden nuestros Corazones...

Sólo con penitencia y oración se salvarán las almas. Esto lo han olvidado los hombres. Sin dolor no hay redención.

Seguid acudiendo a este lugar, que derramará mi Corazón muchas gracias para la salvación de las almas.

Y vosotros, despertad, que mi Hijo está derramando fuentes de gracias sobre vosotros. ¡Cómo las desaprovecháis, hijos míos! Amaos los unos a los otros, como mi Hijo os ha amado. Y tú, hija mía, sigue reparando los pecados de los demás; piensa que eres víctima, y la víctima tiene que inmolarse.

Rezad el santo Rosario todos los días; acercaos a la Eucaristía, pero antes lavad vuestra conciencia, que muchos de vosotros no le dais importancia al pecado. Os asusta el pecado y no os asusta la ofensa... Os asusta el pecado porque no lo veis, no lo queréis ver grave, hijos míos, pero cuando gozáis del pecado no os asusta ofender gravemente a Dios.

Levantad todos los objetos; todos serán bendecidos con gracias especiales, para que muchos de vosotros os fijéis en lo divino, que lo

tenéis completamente olvidado, hijos míos. Vuestro corazón está seco de amor a Dios. Y el que no ama a Dios, su amor hacia los hombres no es limpio. Si amas a Dios con todo tu corazón, con todas tus fuerzas y con tus cinco sentidos, amarás al hombre con todo tu corazón.

Tú, hija mía, sé humilde, muy humilde y compórtate con fortaleza, con energía.

La paz os dejo, hijos míos.